

INTRODUCCIÓN

HONORIO VELASCO y JULIÁN LÓPEZ GARCÍA (COORDS.)

No cabe pretender hacer una exposición ni si quiera sucinta de los temas que ocupan a la Antropología Social y Cultural en la actualidad. Más bien se han recogido en este volumen una pequeña muestra de los trabajos que se están haciendo en estos primeros años del s. XXI y que, al tiempo que enlazan con los que se venían desarrollando en los finales del s. XX, parecen estar indicando direcciones futuras. La impresión general sigue siendo caleidoscópica, pero llena de sugerencias. En buena medida es un camino de complejidad. Los sujetos sociales son múltiples en configuraciones, perfiles de identidad, permanencia en el tiempo e incluso en cuanto a los dominios de realidad en los que se presentan como tales. Y sus interrelaciones se establecen en infinidad de contextos en un amplísimo espectro de lugares y no-lugares, de tiempos y de ucronías. Mantener hoy la ambición del estudio de todas las sociedades, las culturas humanas se hace más por nostalgia de los ingenuos y esforzados tiempos pasados de la disciplina que por capacidad real de investigación. ‘Nada humano nos es ajeno’ es un lema voluntariosamente aceptado pero muestra continuamente una incapacidad de cumplimiento pleno. Seguimos constatando que la Antropología Social y Cultural es y ha sido siempre versátil y ha estado permanentemente abierta a cualquier asunto que tenga que ver con la cultura en sociedad; sin duda eso es muestra de vitalidad. Y este volumen además pretende darle visibilidad. Pero el estiramiento disciplinar al que asistimos actualmente es tan grande que quizá pueda conducir a desdibujar alguno de los elementos que se consideraban nucleares de la Antropología tanto en sus preocupaciones temáticas como en su metodología específica. Si acaso es la etnografía la que nos sigue proporcionando atracción bastante con la que explorar caminos, experiencias, hallazgos e incesantes incertidumbres y su empleo —no nos sorprende— está ya cada vez más confirmado por otras disciplinas fuera de la Antropología.

En las últimas décadas hemos asistido a loables y necesarias convergencias interdisciplinares. Sin duda esto ha sido útil y necesario para determinadas investigaciones y también hay que reconocer que muchos programas académicos multidisciplinares han tenido éxito y han permitido una creciente visibilización de la Antropología Social. Sin embargo las evidencias de desequilibrio en proyectos interdisciplinares en los que interviene la Antropología siguen siendo notorias y con frecuencia continúa apareciendo como un adorno exótico, de manera que su voz e inspiración genuina se diluye. Del mismo modo podríamos hablar de la creciente sociologización de la Antropología. Una tendencia que lleva a que

los enfoques y líneas de investigación se dirijan de manera notoria a problemas contemporáneos occidentales olvidando maneras lejanas de expresión humana. Evidentemente parece necesaria esta apertura a problemas de nuestro mundo y es lógico que intentemos dar respuesta a cuestiones que nos plantean para entender lógicas culturales de problemas contemporáneos y locales. Sin embargo parece que al tiempo que esa vía se llena, otras se abandonan y ese abandono de alguna manera lleva aparejado una pérdida del relativismo crítico y un constreñimiento de los escenarios para la comparación y la comprensión amplia. Es como si estuviésemos asistiendo a un viraje desde la tensión centrífuga a la que se refería Clifford Geertz («cualquier lugar menos aquí, cualquier tiempo menos ahora») a una nueva tensión centrípeta. Y parece también que al acercarnos a estos nuevos ámbitos de estudio dejamos de lado o matizamos el rigor de los métodos genuinos del trabajo de campo antropológico. Y sin embargo es obligado mantener el foco en la diversidad cultural. Es en lo que ya en su tiempo insistía Lévi-Strauss.

Con este número especial de la revista *Endoxa* hemos pretendido destacar y recordar la trascendencia de ciertos asuntos que han sido centrales en el desarrollo de la Antropología en los últimos 50 años y que deberían seguir mereciendo atención pues forman parte de la columna vertebral de la Antropología. Y al mismo tiempo queremos dar cuenta de que la ampliación del campo de estudio no debería hacerse a costa de olvidos metodológicos. Destacándolos queremos contribuir a ahuyentar el problema de la difuminación disciplinar.

Con esa intención nada más pertinente que recurrir al grupo diverso de antropólogos y antropólogas que aceptaron con interés participar en este número. Grupo diverso en cuanto a su orientación teórica, en cuanto a su procedencia geográfica y en lo relativo a su especialización temática.

Un aspecto que vincula a todos los autores es su radical compromiso con una antropología consecuente y el hecho de haber sido partícipes, la mayoría de los colaboradores, de los debates e inspiraciones de la Antropología de los últimos 30 años y haber sido testigos también de los fracasos, la vías muertas y las desorientaciones. Los asuntos que tratan, como referimos a continuación de manera sucinta, son temas que podríamos decir clásicos —en el sentido de que son constantes en el latir de la antropología— pero que al mismo tiempo no dejan de ser modernos por la versatilidad de los escenarios en los que se presentan y que dan ejemplo de su actualidad.

El volumen lo abre el texto de James Fernández que aborda la necesidad de destacar **el valor social de las emociones** a la hora de tratar y comprender la diferencia social y cultural frente a planteamientos que destacan la naturaleza científica de la Antropología en tanto que racional. No solo está presente la dicotomía emocional/racional sino algo con más calado social y teórico: la idea de que las emociones deben ser consideradas como algo que trasciende de la individualidad y pasa a tener valor social y moral.

Stanley Brandes y Joan Frigolé tratan de diferente manera el asunto de **la autenticidad**: qué es, cómo se dilucidan sus perfiles, quiénes y en qué circunstancias se otorgan los marchamos de autenticidad, cuáles son los usos políticos que se hacen de ella y qué se persigue haciendo señalamientos de este tipo. Tomando como ejemplos la elección de «la aldea más portuguesa de Portugal» y la marca de autenticidad en bienes y servicios del capitalismo avanzado nos acercamos a los usos políticos que se hacen del sustantivo para marcar distinción social y diferencias nacionales.

Los trabajos de Encarnación Aguilar, Mark Münzel y Manuel Gutiérrez Estévez se centran en otro de los asuntos centrales de la reflexión antropológica en las últimas décadas que merece ser refrescado y actualizado: el de los **alcances y límites del diálogo con la alteridad**. Los tres textos avanzan en esta línea actualizando consideraciones acerca de la relación tradición/modernidad y propio/extraño. Manuel Gutiérrez plantea cómo entre los indígenas americanos lo propio y lo extraño puede convivir sin amalgamarse mientras que Mark Münzel y Encarnación Aguilar replantean el asunto de la interacción entre tradición/modernidad, el antropólogo alemán lo hace a partir de dos experiencias etnográficas con grupos kamayurá y los makú donde la tradición sobreactúa en el primer grupo y se oculta en el segundo; Encarnación Aguilar por su parte da argumentos para desnaturalizar la supuesta dicotomía rural/urbano en sociedades occidentales contemporáneas.

Sally Price, Peter Mason y Honorio Velasco tratan sobre **consideraciones éticas, políticas e históricas en la representación y usos de la diferencia**. Los dos primeros se centran en la representación museística etnográfica y el último en textos de la UNESCO acerca de la diversidad. Sally Price escribe sobre los cambios en la representación museográfica a partir de la consideración de las voces nativas y las nuevas orientaciones en torno a la autoridad etnográfica; Peter Mason por su parte, partiendo de un objeto muy apropiado para los museos etnográficos decimonónicos, un cráneo melanesio adornado, da razones de cómo

un objeto exótico de museo aporta tanta información de la cultura representada como de la receptora. Honorio Velasco ahonda en cómo se usa la diversidad. Reconocido su valor asentado por la Antropología, aporta ejemplos concretos acerca de cómo ese valor puede servir a procesos radicalmente opuestos.

Dos de los textos, el de Josefa Cucó y el de Julián López García, tratan las **lógicas, percepciones y valoraciones del cambio social**. Ambos se centran en grupos de mujeres hecho significativo que nos da pistas acerca de cómo la posición de subordinación e invisibilización femenina en muchos contextos culturales permite análisis más sugerentes y sofisticados acerca la construcción social del prejuicio y de los mecanismos puestos en juego para escapar de él.

Los dos últimos artículos tratan de algún modo de problemas contemporáneos de la antropología en contextos urbanos.

En el texto de Ángel Acuña apreciamos las **premisas etnográficas de la reflexividad y el compromiso**. Aborda un asunto recurrente en la preocupación antropológica, el de la violencia, concretamente en Venezuela, pero lo desarrolla a partir de experiencias personales que le llevan, más allá de la descripción, a tomar partido.

El volumen se cierra con un texto de Ricardo Sanmartín. Trata justamente la necesidad de amplificar la mirada etnográfica a los asuntos contemporáneos pero sin abandonar la radicalidad metodológica de la Antropología. Siguiendo la inspiración de Ortega y Gasset y apoyándose en la nueva etnografía italiana sugiere lo deslumbrante que puede resultar encontrar **la diferencia en nosotros mismos**.

En fin, un leve tratamiento de la complejidad social y cultural.